

colección rúbrica



RAMÓN JIMÉNEZ PÉREZ



CUERO ILEGÍTIMO

esstudio
ediciones

I

Aquel viernes primero de julio, había amanecido espléndidamente en Benidorm. El sol se había elevado con soltura, sin zancadilla de nube alguna, y ya cubría con su luz la totalidad de la Villa a la hora en que Quico y Joan Ferrer bajaron a desayunar al *Bar Mariloli*.

—Buenos días —saludaron al unísono a Bárbara, la titular del establecimiento, que se dedicaba en ese momento a repasar la barra con un trapo.

Bárbara, que dio por terminada enseguida su tarea, les respondió con una mirada pícara en los ojos:

—Demasiado buenos.

Eran las once de la mañana y sudaba ya a chorros. No era de extrañar, pues sus abundantes carnes, la falta de aire acondicionado en el local y el constante trajín obraban fácilmente el fenómeno. Cuando el Chele la conoció, era una inglesa maciza de larga melena que había ido a pasar sus vacaciones a Benidorm. El Chele, con quien luego contrajo matrimonio, y que había venido de su pueblo natal en Jaén a ganarse unos duros trabajando de camarero, no pudo resistirse al encanto de aquella diosa rubia que despampanaba a los hombres. También

es verdad que él, entonces, no solo ponía cañas, sino que las daba de maravilla. Ahora, lejos ya la furia de las extranjeras, su señora viuda, pues él estaba difunto ya desde hacía varios años, había ganado peso específico y la madurez le había conferido un atractivo de lo más chispeante. Bajo su pelo corto y rizado, pasados ya los tiempos del desmelene, su mirada daba a entender que lo mejor de la vida estaba aún por llegar. De hecho, le encantaba presumir de tetas, y a veces se las tocaba un poco por abajo y los laterales, como sopesándolas, para admiración de quienes la sorprendían en ese gesto en apariencia casual.

Joan Ferrer, concejal de Turismo y Asuntos Sociales del Ayuntamiento, y Quico, su secretario, hacían a esa hora un alto en el trabajo para tomar un tentempié en el *Bar Mariloli*. A Quico le bastaba con un café, pero Ferrer pinchaba siempre algo de tortilla española, pues según él la de Bárbara era insuperable.

Ferrer vestía de concejal incluso en los meses estivales, americana cruzada y pañuelo de seda en el bolsillo superior izquierdo, haciendo juego con la corbata. Quico, en cambio, más a tono con la estación, ese uno de julio llevaba únicamente una camisa estampada con signos jeroglíficos, mayas o algo así, aparte de sus pantalones de verano, y unos mocasines náuticos.

Se habían sentado a una mesa junto al gran ventanal del bar, y desde allí refrescaban la mirada al desplazarla de piel en piel entre las muchas que circulaban por la

calle camino de la playa. Sobre todo, Ferrer, cuyos ojos parecían dos mariposas revoloteando sobre las muchachas en flor, en cuyas curvas más pronunciadas se demoraban.

—Señor concejal, parece tener hoy muchas hambres —se rio Bárbara, que tan bien calaba a los hombres, y que en ese instante depositaba las consumiciones de siempre encima de la mesa—. Tú, muy largo bandido —añadió, sopesándose las tetas.

Ferrer, un dandi trasnochado que lucía un bigote afilado en los extremos como la espada de un mosquetero, dijo sin dejar de atusárselo y pendiente todavía de la televisión viva de la ventana:

—Hoy sí que llega género.

Y se volvió de repente a su pincho de tortilla, que trinchó enérgicamente con el tridente de su tenedor para llevárselo a la boca antes de que se enfriara.

A esa misma hora, un vuelo chárter procedente de Londres, pletórico de turistas, aterrizaba en el aeropuerto internacional de *El Altet*, en Alicante. La alegre música zarzuelera de Luis Cobos ponía sus notas finales al viaje de estos *supporters* paliduchos que confiaban en tostarse enseguida. Todos ellos, tras la toma de tierra y el gran frenado subsiguiente, estallaron en un frenesí compuesto de palmas y latas de cerveza que golpeaban contra los asientos y las ventanillas. Algunos mostraban en los brazos desnudos las huellas del vil tatuaje. Las azafatas

trataban desesperadamente de poner un poco de orden, pero era imposible calmar a tanto mostrenco unido.

—Olé, España, extorero —gritaban, animándose los unos a los otros.

Ya habían desembarcado para entonces otros muchos pasajeros —de más altos vuelos— procedentes de otros países comunitarios e incluso extracomunitarios. ¡Y los que se quedarían colgados hasta el final del día, allá arriba!, pues en una fecha punta como aquella fácilmente se desbordarían todas las previsiones. Con seguridad no bajarían de veinte mil los que harían un «altet» en ese aeropuerto.

Pero dejando a un lado el tráfico aéreo, tan intenso y entusiasta, que apuntaba a Benidorm como punto final de su recorrido, otro flujo no menos intenso convergía en esta ciudad. Flotas de autobuses, muchos de ellos lanzados en la oscuridad de la noche desde distintas ciudades del interior de España y de otros países, se dirigían hacia el paraíso prometido. Por no hablar de la multitud de coches, atestados hasta las bacas, que transportaban familias enteras de aspirantes a un trozo de playa bajo el sol que más calentaba.

Joan Ferrer podía abarcar en su imaginación todo este movimiento, y explicarlo como un mecanismo de relojería que siempre se disparaba con el único propósito de cumplir el destino de la magnífica ciudad. A su debido tiempo, con precisión solar, Benidorm se reponía todos los años con hordas y más hordas de exóticos

bienvenidos que, tomándola por turnos, la convertían con ocasión de cada desembarco en una gran UBRE, como decía el otro.

Aquel primer día del mes, sin que a simple vista se notase, la ciudad estaba engordando considerablemente. Los establecimientos hoteleros se iban completando poco a poco con una variedad sorprendente de tipos humanos. Resultaba de un gran contraste, para cualquier observador imparcial que residiese habitualmente en la zona, el color —blanco como la leche— de estas nuevas hornadas de panecillos que se disponían a su cocción inmediata, con el de los que habían abandonado el día anterior la ciudad, negros como tizones tras un mes de tratamiento intensivo.

Los nacionales se decidían por el alquiler de apartamentos más que por la ocupación de hoteles, pero tanto unos como otros coincidían en aprovechar la ventaja económica de quedarse el mes entero, todo incluido en el caso de los que se habían decantado por el hotel en régimen de pensión completa. En cuanto soltaban sus maletas, bolsas y cochecitos de niño, los españoles, para procurarse las provisiones alimenticias necesarias, atiborraban por miles los hipermercados, que ese primer día de julio hacían también su agosto. En camisetas chillonas y chancas playeras, y habiendo sustituido el coche en el que habían realizado el viaje por el carrito de la compra, cargaban éste ahora hasta los topes con toda clase de comestibles y bebestibles. Más de uno sufría el vértigo de la

claustrofobia entre las muchedumbres apresadas en los pasillos de altísimos muros, decorados con ofertas, mientras esperaban en las interminables colas de las cajas...

Quico, que acompañaba todas las mañanas a Joan Ferrer en la pausa del café, era un agradable y educado joven de alrededor de 30 años cuya filiación se desconocía, de facciones finas (con unos ojos verdosos de mirada penetrante y rápida dentro del movimiento más pausado de su rostro), mediana estatura, piel tersa y blanca, pelo castaño tirando a moreno, y en cuanto al peso, ni gordo ni flaco. Esto último era realmente admirable, que mantuviera tan bien el tipo, ya que nadie le había visto comer nunca. Por eso le llamaban Quico, irónicamente, porque era gracioso insinuar de alguien que no probaba bocado que «se ponía como el Quico».

Desde hacía unos ocho meses trabajaba como administrativo en el Ayuntamiento, y enseguida había pasado a desempeñar las funciones de secretario personal de su ya amigo el concejal Joan Ferrer. En puridad, habría que explicar este pequeño privilegio diciendo que Ferrer siempre creyó que Quico era un recomendado del mismísimo alcalde, por lo que debía dispensarle un trato de favor. Sin embargo, eran el propio alcalde y los demás concejales quienes pensaban que Ferrer conocía a Quico desde hacía tiempo, por lo que no era de extrañar su relación de confianza.

La verdad es que nadie sabía gran cosa sobre este Quico, ni nadie recordaba su verdadero nombre, que en alguna parte debía constar. Él decía que había estudiado Filosofía y Letras, pero nunca aclaró en qué Universidad. En cualquier caso, era un eficaz colaborador de su jefe, pues en los momentos de mayor tensión laboral, que eran muchos dadas las amplias competencias del área de Ferrer, hacía gala siempre de una serenidad admirable. Vivía solo en un discreto bungalow, en medio de huertos de almen-dros y naranjos, en el término municipal del vecino Alfaz del Pi. Como su jornada era intensiva, tenía gran parte de la tarde libre, y así daba largas caminatas por el campo, se bañaba al atardecer en el mar, hacía alguna compra o ges-tión en el propio Benidorm, o bien se encerraba en casa. En ella se entregaba a profundas lecturas y meditaciones, sentado en un butacón de grandes orejas que orientaba ha-cia el majestuoso Puig Campana, que tan sutilmente pin-tara el gallego Lago Rivera, maestro de los grises, cuando residía en Altea. Su mirada solía viajar en rápido vuelo has-ta la profunda hendidura en lo alto de la montaña; y si ce-rraba los ojos, entonces se desplazaba con el pensamiento.

Solía acompañar estos éxtasis de música *New Age*.

Cuando volvía a la realidad, se montaba en un *Volkswagen* escarabajo de segunda mano que tenía, de color rojo Venecia, y daba algún paseo motorizado por los al-reedores. Pero el coche lo utilizaba, sobre todo, para acudir cada mañana al Ayuntamiento, a seis kilómetros de su madriguera.